

LOS ANIMALES DEL QUIJOTE

DOCTOR D. JOSÉ MANUEL PÉREZ GARCÍA
Académico Correspondiente de la Sección de Veterinaria
Real Academia de Doctores de España

INTRODUCCIÓN

Se comienza con un breve recorrido biográfico de Miguel de Cervantes (Alcalá, 29-9.1547- Madrid, 24-4-1616) por considerarse necesario, pues debe tenerse presente que Cervantes con el prodigio perdurable de sus obras, alcanzó el pináculo de su gloria. Su vida discurrió entre el reinado de Felipe II y Felipe III.

Sobre el *Quijote*, nuestro libro nacional, su acción transcurre bastante en el medio rural. Es habitualmente aceptado que su primera parte comenzó a componerse entre 1589 y 1592 (apareciendo en 1605) y es de suponer que Cervantes hubo de conocer las consecuencias de la epidemia de 1596, que entró por el norte de la Península y afectó buena parte de la meseta interior. Se hacen aportaciones sobre la personalidad de las figuras de don Quijote y Sancho, significando que el primero es un personaje de ficción, pero tanto o más real que otros, que Cervantes hizo nacer y vivir en Castilla-La Mancha, como prototipos humanos universales.

EL QUIJOTE

Breve biografía de su autor

Miguel de Cervantes Saavedra nació posiblemente el 29-9-1547, día de San Miguel, en Alcalá de Henares, siendo el cuarto de los siete hijos del cirujano Rodrigo de Cervantes y de Leonor de Cortinas. Fue bautizado en la iglesia de Santa María el día 9 de octubre.

La familia Cervantes se traslada a Valladolid en 1554, y dos años después regresan a Alcalá. En 1564 están en Sevilla, y en 1566 se encuentra Miguel en Madrid, y el año 1567 se tienen noticias de su primera obra conocida, un soneto a la reina Isabel de Valois con motivo del nacimiento de la infanta Catalina Micaela, hija de la reina y de Felipe II. En 1568 escribe cuatro poemas destinados a la *Relación* oficial de las exequias celebradas con motivo del fallecimiento de la reina.

En 1569 Miguel de Cervantes va a Roma y comienza su vida de aventuras: así en 1570, se alista en los tercios de Nápoles, donde coincide con su hermano Rodrigo, al año siguiente (1571), se encuentra en Lepanto, y a bordo de la galera «Marquesa» pelea va-

lientemente, y es herido recibiendo tres disparos de arcabuz, dos en el pecho y uno en la mano izquierda que le queda inútil. Concluida la batalla, se recupera en Mesina. Decide seguir en los tercios y participa en la campaña naval de don Juan de Austria en Corfú y Modon, en el Mediterráneo.

El 26-9-1575, Miguel de Cervantes viaja desde Nápoles junto a su hermano Rodrigo camino de España en la galera «El Sol» tras seis años de servicio en el Ejército. El barco es asaltado por una flota corsaria y Cervantes es conducido a Argel con otros cautivos, siendo entregado como esclavo a un corsario menor: Dalí Mamí, apodado el «cojo», quien ante las cartas que lleva Miguel de recomendación que don Juan de Austria y el duque de Sesa le dieran por su valeroso comportamiento en Lepanto, le considera un prisionero notable y fija su rescate en 500 escudos ó ducados de oro, cantidad inalcanzable para su familia. Comienza su cautiverio, que durará cinco años de prisión (cada uno con un intento de fuga), que se ha señalado que inspiraron a Cervantes, pues en el episodio del «El Cautivo» en *El Quijote*, que abarca casi todos los capítulos del 39 al 41 de la primera parte del Quijote, abunda en detalles autobiográficos, refleja alguna vivencia de su cautiverio en Argel. Quizás de no haber estado allí, nunca hubiese escrito su universal e inmortal obra.

En la partida de su rescate, encontrada en 1772, aparecen los datos de nuestro escritor, que transcribo, dice: «*En la ciudad de Argel, a 19 días de septiembre (1580), en presencia de mí el dicho notario el reverendo padre Fray Juan Gil, redentor susodicho, rescato a Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, edad de 31 años, hijo de Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortina*».

Los religiosos trinitarios Juan Gil y Antonio de la Bella junto con su familia, reunieron la elevada suma en que se había fijado su rescate para liberarle. El 27-10-1580, llegó Cervantes a la Península desembarcando en Denia.

En 1582 vive en Madrid y frecuenta el ambiente literario. Dos años después, en 1584 nace su hija Isabel de Saavedra, cuya madre es una mujer casada: Ana Franca de Rojas. Al poco marcha a Esquivias para hacerse cargo de la publicación de las obras de su finado amigo el poeta Pedro Laínez, para lo que se entrevista con Juana Gaitán, su viuda. Aquí en Esquivias le presentan a una joven de 19 años, Catalina de Salazar y de Palacios, con la que se casa, quedándose a vivir en el pueblo, aunque repartía su existencia entre Esquivias y Madrid. Se ha señalado que fue un matrimonio por interés, y la unión estratégica no cuajó.

En 1585 apareció la primera parte de *La Galatea*, dividida en seis libros, y en este año falleció su padre, el 13 de junio en Madrid. En 1587 marcha de Esquivias a Sevilla y en octubre será excomulgado por el vicario general de la ciudad por haber embargado el trigo perteneciente a varios canónigos prebendados de Ecija. El 21 de mayo de 1590 presentó al rey Felipe II un memorial, en el que señalaba sus servicios (actual curriculum vitae), y solicitaba le concediese un oficio en Indias, que le fue denegado. Es encarcelado en Castro del Rfo. Firma un contrato de autor con Rodrigo Osorio, por el que se compromete a entregarle seis comedias. Está a comienzos de 1593 en Sevilla ocupado en comisiones (como en 1591, lo estuvo en el reino de Granada). Murió su madre el 19 de octubre. Se publica en este año de 1593 su romance *La Morada de los Celos*, del cual se enorgullecó así como los primeros párrafos de *Empresa de Inglaterra*, *El Cautivo*, *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño*, etc.

En 1597 es puesto en libertad en Sevilla; habiéndose escrito que en este año comenzó a rondarle la idea de el Quijote. En 1598 muere Ana Franca, la madre de su hija, y compone el soneto *Al túmulo* del rey Felipe III que se hizo en Sevilla, mordaz crítica a raíz de la muerte de este rey. Entre 1596 y 1602, el azote devastador de la peste penetró en la Península por el norte y llegó al interior de la meseta.

El mes de enero de 1601 la capital de la monarquía Hispánica se había trasladado a Valladolid, pero sería efímera metrópoli imperial, pues el 4-3-1606, regresó a Madrid. En 1605 Valladolid no llegaba a los 50.000 habitantes y Madrid rondaba los 70.000.

Cervantes en agosto de 1604 parece ser que va a vivir con su familia a Valladolid, donde permanece hasta fin de 1605, que se van a Madrid. En los últimos días de 1604, quizás por Navidad, se concluye la impresión un tanto descuidada de la primera parte de la inmortal obra cervantina, puesta a la venta en las primeras fechas de 1605, dedicado al duque de Béjar, en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta, a costa de Francisco de Robles. Tenía Cervantes 58 años, a los pocos meses, quizás tres, apareció la segunda edición corregida de erratas y errores, también impresa por Juan de la Cuesta.

En 1613 editó algunas de las *Novelas Ejemplares*. En julio de 1614, Cervantes habita en una casa de la calle de las Huertas de Madrid, que se ha señalado la ocupaba desde abril de 1611. En este mismo año de 1614 se publicó el segundo libro del *Quijote*, atribuido a Alonso Fernández de Avellaneda, y el 18 de octubre, Cervantes recibe autorización para imprimir y vender el *Viaje al Parnaso*.

Con fecha 13 de marzo de 1615, Miguel de Cervantes recibió la licencia para poder imprimir y vender la segunda parte del *Quijote*, y el 25 de julio, para imprimir las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*. En este año 1615 Cervantes se traslada a una casa de la de entonces calle de Francos, hoy Cervantes, con su esposa Catalina de Salazar y una criada.

En 1616 enferma, le atiende su esposa, en abril profesa en la Orden Tercera, y el día 19 de este mes redacta la dedicatoria al Conde de Lemos de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*.

Cervantes muere en Madrid, el viernes 22 de abril de 1616, en su casa de la mencionada calle Francos, poco más de una semana después de Shakespeare. Es enterrado al día siguiente con el sayal franciscano, en el vecino convento de las Trinitarias Descalzas de la calle de Cantarranas (hoy, de Lope de Vega).

En el año 1617 su viuda Catalina de Salazar gestiona con Juan de Villarroel la impresión de *Persiles y Segismunda*, que había aprobado el maestro Josef de Valdivieso el 9 de septiembre, que se publicará en los primeros días del señalado año de 1617.

Sus personajes más conocidos

Don Quijote es un personaje de ficción, pero tanto o más real que otros, que Cervantes hizo nacer y vivir en Castilla-La Mancha, Realmente se llamaba Alonso Quijano, apodado «el Bueno».



Sancho, sabio ignorante, espléndida caricatura de la «cultura popular». Su historia, la eterna disputa entre el idealismo y la realidad, sigue tan de de plena actualidad como hace cuatro siglos, cuando fue escrito y publicado. La relación entre don Quijote, loco y quimérico, y su escudero, cuerdo y pegado a la tierra, está presente en el interior de cada persona. Ellos representan respectivamente la parte más utópica y realista de nuestra personalidad.



Las figuras de don Quijote y Sancho, son prototipos humanos universales. No debe olvidarse la inquietud espiritual de don Quijote y la aguda cazurrería de Sancho.

Si como hemos recordando la vida de Miguel de Cervantes está tan cargada de aventuras, también lo está la de sus propios personajes.

Don Quijote y Sancho fueron símbolos jocosos en su época.

LOS ANIMALES

Rocinante

Son seguramente muy pocos los escritores que se han detenido a estudiar a Rocinante, a escribir sobre su famosa cabalgadura utilizada por el bueno de Alonso Quijano cuando, bajo los efectos de su locura, se convertía en andante caballero y salía por los caminos a «desfacer entuertos». Lo mismo ha ocurrido con el Rucio de Sancho.

Cervantes plasmó en la novela un caballo con la permisión de rasgos característicos de alguno que habría estado cerca de él y que también había oído o leído ideas o empirismos albeitarescos.

El estudio sobre las cabalgaduras de don Quijote y Sancho su escudero está enlazado con la Zootecnia, con el exterior de los animales domésticos, con la historia de la Veterinaria y hasta con la patología externa, puesto que en la novela se hacen indicaciones precisas sobre algunas particularidades de Rocinante.

Debe recordarse que en sus vicisitudes existenciales, Cervantes cruza dieciocho veces La Mancha; unas por la posta, otras en carro, otras más a lomo de caballerías, haciendo estadas en ventas y mesones de los caminos reales, conviviendo con gentes de toda laya y condición social: picaros, cuadrilleros, hidalgueros, mozas de partido, arrieros, trajinantes, pastores, etc. Ahí pudo originarse el Rocinante literario.

Pues en estos avatares, Cervantes vio asnos de orejas trémulas, agobiados de carga en el trajín de los trabajos y los días; rebaños de ovejas de albo toisón; bosques y glebas; cabalgó en caballos de posta o de alquiler, para efectuar los viajes por el camino real de Toledo a Sevilla o para sus correrías en las sacas de cereales y aceite, como comisario de provisiones para la Armada, etc. Sin duda, alguno de estos équidos, pacífico y melancólico como nuestro hidalgo, se le quedó anclado en su afectividad, perdurando imborrable en el recuerdo por sus servicios como cabalgadura fiel, a la cual sacó de su memoria para hacerle protagonista de obra inmortal y universal.

Cervantes hizo de Rocinante un personaje importante, no solo por el número de veces que le cita en el texto, sino también por la exacta y realista pintura de los rasgos zootécnicos del mismo y por la simpatía con que le trata. Todo hace pensar que el animal estuvo muy cerca del mundo vivencial de Cervantes, no siendo una mera ficción literaria, y sí una criatura real, unida a su vida andariega, incluso que la cabalgó o le impresionó su presencia. Miguel de Cervantes menciona a Rocinante en veintiocho capítulos de la primera parte del Quijote y en veintinueve de la segunda.

Reseña de Rocinante

Se ha mencionado que Rocinante era «largo y tendido» y con espinazo bien mani-fiesto; que tenía las orejas grandes, (los caballos de orejas cortas, aunque estén adornados y cansados no las suelen bajar mucho por la cortedad de los músculos que mantienen erecto el pabellón auricular), que era un rocín flaco, es decir, de pocas carnes, enjuto, sin pániculo graso bajo la piel; siendo su pescuezo llamativamente largo: que era un caballo de ancas ostensibles, que le sobresalía el espinazo ostensiblemente en la cruz y a nivel del sacro (regiones que más resaltan en caballos de pocas carnes). También se ha señalado que era un caballo longilineo, no corpulento (rocín), de orejas grandes, alto de cruz y de palomilla y por tanto, de grupa derribada, que no era un caballo de casta conocida y apreciada. Pues los caballos de raza de Andalucía, solo estaban al alcance de la clase elevada, dado su precio, y no al de un simple hidalgo manchego.

Rocinante debió ser de raza española ó más bien castellana, en aquellos tiempos muy difundido por Castilla la Vieja y León. Los caballos de esta raza se vendían y compraban en las ferias mensuales que se celebraban en aquellas zonas. Esta raza de caballos presenta, generalmente, proporciones alargadas, cabeza larga, orejas más bien grandes, cuello alargado con crines abundantes, piel fina, cruz prominente como ya se ha mencionado, así como altos de palomilla, cabos finos, con tendones pronunciados, fallando a veces de aplomos posteriores; alzada hasta siete dedos sobre «la cuerda» (en ganadería-veterinaria se denomina «cuerda» a la talla normal del ganado equino y equivale a siete cuartas, o sea 1,47m); cascos de color pizarra más bien estrechos; abundan los pelajes castaños en todas sus variedades. Eran los típicos caballos de labradores, que les servían como montura y para la crianza y labores agrícolas ligeras.

La alzada citada de Rocinante está basada en episodios de los capítulos del Quijote: XVII, XVIII, XLII, y XLIII de la primera parte, especialmente en el pasaje del mantenimiento de Sancho en la venta de Juan Palomeque el Zurdo (XVII).

La alzada media de la raza castellana es de 1,55 metros y Rocinante por ser rocín (caballo de mala traza, no corpulento y de poca alzada) es lógico que no llegase a la media de su raza, y se puede estimar su alzada a la cruz de uno a dos dedos sobre la cuerda o marca de siete cuartas es decir 1,49 metros.

Su edad superaba los ocho años, en la cual los équidos han completado el rasamiento de todos los dientes incisivos, sin defectos de prensión (belfo o picón). Se ha escrito que debido al escaso régimen de alimentación a que le tenía sometido don Quijote, se le apreciaría el «gavilán» en los incisivos laterales superiores, por lo cual habría cumplido los doce años. Por ello era un caballo relativamente viejo (estaba en la primera etapa de su vejez). El historiador veterinario Cesario Sanz Egaña escribió que era «caballo hecho y viejo, pero no tan viejo que fuese inútil y sin vigor». Su edad por lo recordado, no inferior a los doce años, ni sobrepasar los quince.

Hay expresivos textos en el Quijote en los que Cervantes hace referencia a la condición sexual de Rocinante, uno de ellos dice: «*Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban se llegó a oler a Rocinante (sin duda una yegua); y, como, en fin, era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de sentirse y tomar a oler a quien le llegaba a hacer caricias*», (Cáp. XLIII-1.^a parte).

Por tanto Rocinante no era un caballo capón, sino caballo entero, con integridad genital y natural instinto sexual, aunque ya decadente y apagado por su edad y complejión (flaqueza); sin duda Rocinante había sido semental en el pasado.

Creemos de interés señalar que dos veces en la novela relincha Rocinante (capítulos IV y VII- 2.^a parte), y que tanto don Quijote como Sancho consideraron de feliz agüero. En la primera estaba en su caballeriza y era un desahogo, mientras en la segunda ya de camino de nuevo con el rucio, era su expresión de alegría por la compañía del asno.

El Rucio

Cervantes menciona el asno de Sancho en 23 capítulos de la primera, y en 37 de la segunda parte del Quijote, pero el autor no describe particularidades morfológicas del mismo como señala con Rocinante. Se inspiró Miguel de Cervantes en asnos que vio en caminos y ventas de la Mancha, pero que no recordaba con precisión al escribir los textos de la novela. Y no debe olvidarse que tanto los albéitares y después los veterinarios del pasado no se preocuparon de su estudio científico. Los asnos abundaron en La Mancha, pero por lo señalado, Cervantes no encontró ninguno que destacara y recordara por su belleza zootécnica como le ocurrió con el caballo.

No hay referencia en la novela a su raza, y con respecto a su tamaño en el capítulo XV de la primera parte, don Quijote dice a Sancho al referirse al borrico: «...*esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante*». Y en el capítulo LIII, segunda parte, se lee «...*y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo*».

Estas expresiones: corpezuelo y bestezuela, orientan sobre su escasa corpulencia, y por ello sería posiblemente un tipo africano todavía existente en bastantes pueblos, un tipo de asno corriente que se le denomina de raza común castellana, la mayoría con capa o pelaje pequeña o parda mas o menos oscura, y existían muy pocos de capa blanca o torda clara, quizás producto de cruce con sangre andaluza. Era el jumento de Sancho, de capa rucia que es un pelaje asnal de color grisáceo o pardo claro, y los asnos de este pelaje muestran en general «raya de mulo» de color negro peceño, y otra raya (de cebra) transversa en la cruz que desciende por las dos vertientes escapulares y termina en punta (estas rayas nos orientan de su origen africano o mediterráneo). Además estos asnos rucios tienen el color del pelaje «lavado» en vientre y bragadas, y alrededor de los párpados y del hocico. El color rucio es una de las cuatro o seis variedades de capa que presenta el asno.

La alzada dada su escasa corpulencia, se ha estimado entre 105-110 centímetros, (1,10 metros) descontando el espesor de la albarda.



Su edad sería de menos de siete años, (no estaba cerrado), pues los signos de ramamiento (persistencia del cornete dentario y esmalte central de la tabla del diente mucho más allá de las edades en que desaparecen en el caballo) no tienen valor real después de los siete años, y desde esta época es difícil precisar la edad de la especie asnal, según señaló el manchego, prócer profesional e ilustre veterinario militar, don E. Molina Serrano. Escribió el compañero J. Pollos Herrera, que el rucio no pasaría de los cinco años de edad cuando Sancho le incorpora para acompañar a don Quijote.

El rucio era macho, castrado, lo que apoya su carácter demasiado tranquilo y pacífico para su edad, propio de un animal sin actividad fisiológica testicular. Sería castrado a vuelta o pulgar, «método incruento, corriente de emascular los asnos y caballos en aquella época».

Sancho al rucio no le limitaba la alimentación, así se lo dice a su mujer (capítulo V-2.^a parte): «*os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar; dobladle los piensos...*». Por ello el inmortal asno, tendría un buen estado de carnes. No estaba herrado, pues en general no era usual en aquella época para las bestias asnales de campos llanos y caminos de tierra.

El rebuzno del Rucio

Es el rebuzno la forma normal de comunicación fonética de la especie asnal, y es distinta de la del caballo. Es función aprendida. Los buches no rebuznan antes de los ocho meses de edad.

En la novela el rucio rebuzna en tres ocasiones: la primera en la aventura del barco encantado, lo hace «condolido», al dejarle a él y a Rocinante atados y ver embarcarse a su amo don Quijote; otra, «sospira» y «rebuzna» más largamente que relincha el rocín, cuando ambas bestias se ven de nuevo juntas en el campo, y en la tercera salida de don Quijote (VIII-2.^a), cuando éste descubre a Sancho en la sima donde había caído a su regreso de la Ínsula en cuya ocasión el asno rebuzna reciamente.

Reproducimos el siguiente pasaje del Quijote, en el cual dijo Sancho: «*que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando se me antojaba, sin que nadie me fuese a la mano, con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del pueblo*», (capítulo XXVII-2.^a parte).

El rucio es para Sancho «*hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas y finalmente sustentador de la mitad de mi persona porque con veintiséis maravedís que ganabas cada día, mediaba yo mi dispensa*».

Otros animales en el Quijote

Cervantes recurre a otros animales para salvar el honor de don Quijote, como en la aventura de los leones que «*con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula*», dando fin a la atrevida aventura de don Quijote.



Se ha mencionado que Cervantes no fuera un profundo conocedor de los animales, y que en los días amargos de prisión y soledad sólo le llegaran el balido de las ovejas en su vuelta a los colgarizos, el mugir de los toros de las compactas vacadas, el gruñir de los cerdos a la hora del pienso y el rebuzno penetrante de los burros al atardecer. Con estos solos elementos, la fantasía de Miguel de Cervantes elaboraría, en este caso, escenas y aventuras que luego trasladó a su novela. Es sorprendente cómo los animales toman parte con una aportación personalísima, llena de intención y de gracia. El animal que, sobre todo, aparece es el casero y campesino en consonancia con el ambiente rural, impregnando capítulos y aventuras de sabor rústico y aldeano.

En el Quijote aparece un animal en cada página.

Cervantes a veces fustiga especialmente a las mulas de alquiler: *«Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los pies dio con*



su dueño por las ancas en el suelo». «Aunque quisiera apearse de la mula (que por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella)». «La mula del vizcaíno tan al vivo que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta». En la adjetivación y epítetos es parco, a veces le basta una sola palabra, con frecuencia acude a la ironía: «Caballeros sobre dos dromedarios que no eran más pequeñas dos mulas en que venían», «mulos lucios, gordos y famosos porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo».

Más rico y original es Cervantes creando situaciones con los animales. Así, escribe que había *«una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses»*; o en el carro de la muerte en que *«el que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio»*. En el cuento del rebuzno, en todas las escenas del mono adivino, en los dos cuentos sobre perros

que intercala en el prólogo de la segunda parte, o en la aventura con los frailes de San Benito en que *«arremetió contra el primer fraile con tanta furia y denuedo que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado»*. También escribe *«el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros pasaron sobre don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio. Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio y no muy católico Rocinante»*. *«Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara...y derribando no sólo a don Quijote, sino llevando por añadidura a Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo a la albarda, a las armas, al rucio, a Rocinante, a Sancho y a don Quijote»*.



Los encantamientos, ardid tan querido a Cervantes en su famosa novela, menudean también respecto a los animales y así la descripción de los dos ejércitos que Sancho *«no oía»* otra cosa sino muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca de dos rebaños que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Clavileño, la confusión de los asnos de las labradoras por jacas y otras semejantes.



Pero lo más destacado de Cervantes sobre la animalística lo ofrece en las aventuras cuyos elementos más principales son los animales. Así la primera con que tropieza el hidalgo caballero en que *«vio atada una yegua a una encina»*. La causa de todo el alboroto será también un animal: *«es un criado que me sirve de guarda una manada de ovejas»*. Los cabreros le dan ocasión para lanzar un discurso memorable, el de las armas y las letras. La aventura de los leones que hemos mencionado, la de Clavileño, la encerrada gatuna en que *«un gran saco de gatos que asimismo traían cencerros menores atados a las colas»*, dejó malparado a nuestro don Quijote. La de los rebaños de ovejas, la del tropel de cerdos,

la de los toros bravos, por no mencionar la participación tan directa con que Rocinante y rucio intervienen en gran parte de la novela hasta que el pobre caballero se ve obligado a confesar *«aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse»*.



Esto sin pensar en el propósito, mal de su grado, de hacerse pastor. Aún en los momentos de mayor desilusión camino de su aldea, un suceso animalístico viene a servir de buen agüero al bueno de Sancho, que dice: *«venía huyendo una liebre, seguida de muchos perros, la cual se vino a recoger y agazapar por debajo de los pies del rucio»*.



Defectos de Rocinante

Rocinante que sin duda padreo yeguas en su juventud, luego pasaría de mano en mano en compraventas de ferias al declinar su eficiencia pecuaria, padecería alguna cojera por correr liebres, de lo cual le quedó la reliquia de los tropezones al forzarle a correr o galopar. Tenía «cuartos» en los cuatro cascos, era «abierto de pecho», sus aplomos no eran correctos, pues se mostraba remetido de brazos y zancajoso.

A pesar de estos defectos, Cervantes quiso que Rocinante sobreviviera a don Quijote, que al morir este, el rocín sería cuidado por la sobrina y el ama, con atención, hasta que le vendieron por ser inservible, y lo compraría algún tratante, para aprovechar su cuero.

A Rocinante, don Quijote, le tuvo por *«la mejor pieza que comía pan en el mundo»*.

Defectos del Rucio

Al tratarse de un asno joven y sano, no tenía lesiones en los cascos (hormiguillo, galápago). Gozaba de buena sanidad.

Sancho tuvo ingenua unión afectiva con el rucio, aunque con un cierto interés material, como se aprecia en algunos pasajes de la novela. De ese interés participa la mujer de Sancho, quizás más acusado, pues al regresar a su casa a la conclusión de la obra «*lo primero que le preguntó fue si venía bueno el asno*». Pensaba sin duda la mujer en la utilidad del jumento como posesión ganancial, y como bien inmueble.

EPÍLOGO

Hemos de despedirnos de don Quijote y Sancho, y de sus cabalgaduras, y por supuesto de D. Miguel de Cervantes Saavedra, «el escritor más grande que ha producido la Humanidad», según Astrana Marín, y lo hacemos cantando esta coplilla, *encarnación suprema de las tres figuras cervantinas: Dulcinea del Toboso, una moza labradora de buen parecer; don Quijote, el caballero del ideal, y Sancho Panza muestra y estampa del campesino manchego*, diciendo:

Anque soy de la Mancha
no mancho a *naide*
más de cuatro quisieran
tener mi sangre.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR EZQUERRA, A. *Cervantes. Genio y libertad*. Temas de Hoy. Madrid. 2004.
- APARICIO SÁNCHEZ, G. *Zootecnia Especial*. (Etnología Compendiada). 4.ª edición. Imprenta Moderna. Córdoba. 1960.
- ASTRANA MARIN, L. *Vida Ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes*. Ed. Reus. Madrid. 1958.
- CAMACHO, J.M. y JORDANO, D. Cosas de Rocinante, el rucio y Clavileño. *Bol. Soc. de Zootecnia. Córdoba. Junio 1948*.
- MOLINA SERRANO, E. *La edad de los animales*. Ed. Calpe. Madrid. 1923.
- POLLOS HERRERA, J. *Las cabalgaduras de Don Quijote y Sancho*. Tesis. Facultad de Veterinaria. Madrid. 1976.
- SANZ EGAÑA, C. La Reseña de Rocinante. *El Pecuero Español*. Año I. N.º 5 Madrid. 1916.
- SANZ EGAÑA, C. Los Cuartos de Rocinante. *Ciencia Veterinaria*. Año II, núm. 36. Madrid. 1941.

ILUSTRACIONES

Dra. Dña Rosa María Garcerán Piqueras.